

El impacto del traslado de un camélido de su «casita» en un zoológico: un estudio etnográfico sobre los ambientes humano-animal¹

<https://doi.org/10.25058/20112742.n59.06>

TATIANA BALBONTÍN BELTRÁN²

<https://orcid.org/0009-0006-2703-1458>

Universidad Nacional de Córdoba³ / Conicet, Argentina

tatianabalbontinbeltran@gmail.com

Cómo citar este artículo: Balbontín Beltrán, T. (2026). El impacto del traslado de un camélido de su «casita» en un zoológico: un estudio etnográfico sobre los ambientes humano-animal.

Tabula Rasa, 59, 117-141. <https://doi.org/10.25058/20112742.n59.06>

Recibido: 1 de marzo de 2026

Aceptado: 18 de mayo de 2026

Resumen:

En este artículo hago un relevamiento etnográfico sobre cómo un guanaco cambió de comportamiento al ser trasladado del lugar que los cuidadores denominaban su «casita». Los traslados en el Zoo me permitieron observar cambios de comportamiento y alteraciones en la salud, los que a su vez pusieron de relieve la importancia de la noción nativa de «casita» de la que hablaban sus cuidadores. Me detengo en el desarrollo de la vida, la experiencia del traslado de Margarito el guanaco y su comportamiento «alterado», así como, en su «casita». Analizo dicha noción a través del concepto de *ambiente* propuesto por Tim Ingold. Como veremos, este concepto sólo puede entenderse apropiadamente desde una perspectiva ontogenética y con la ayuda de algunas herramientas conceptuales provistas por la psicología ecológica y por el enfoque biosemiótico elaborado por von Uexküll. Específicamente, retomaré las categorías teóricas de *affordance* proveniente de la psicología ecológica y de *umwelt*, procedente de la biosemiótica, las que en su conjunto ponen el foco sobre la importancia de las experiencias de los animales a lo largo de sus historias de vida. De ese modo, se observa que «casita» es una noción nativa relacional que da cuenta del conocimiento de los cuidadores, pero a su vez, a través de ella se puede

¹ Este artículo hace parte de la investigación doctoral que involucra zoológicos, centros de rescate y rehabilitación de animales, santuarios de animales, centros de conservación y reservas de animales en el marco del doctorado en Estudios Sociales Agrarios de la Universidad Nacional de Córdoba.

² Licenciada en Antropología. Candidata a doctorado Universidad Nacional de Córdoba. Becaria doctoral por el Conicet.

³ Instituto de Humanidades IDH.

analizar el comportamiento y el significado que los animales producen en sus vidas. Esto último es central ya que los cambios de comportamiento eran similares en múltiples animales cuando eran trasladados.

Palabras clave: casita; zoológico; animal-humano; ambiente; traslados de animales.

The Impact of Moving a Camelid from Their “Little House” at a Zoo: An Ethnographic Study about Human-Animal Surroundings

Abstract:

This article reports an ethnographic survey on how a guanaco changed their behavior when they were moved from their “little house,” as their keepers called it. Transfers at the Zoo allowed me to observe behavioral changes and health effects, which highlighted the native notion of “little house,” referred to by their keepers. I about the course of life, the experience of guanaco Margarito’s transfer, and his “disturbed” behavior, as well as his “little house.” This is analyzed in the light of Tim Ingold’s notion of *environment*. As we will see, this notion can only be properly understood from an ontogenetic approach and with help of some theoretical tools from ecological psychology and von Uexküll’s biosemiotic approach. Specifically, I will take up the theoretical categories of *affordance*, from ecological psychology, and *Umwelt*, from biosemiotics, which together spotlight the importance of animals’ experiences throughout their life stories. Thus, we observe that “little house” is a native relational notion that account for keepers’ knowledge, but it also allows to analyze the behavior and the meaning produced by animals into their lives. The latter is central, since similar behavioral changes were observed in many animals when being transferred.

Keywords: Little house; zoo; animal-human; environment; animal transfers.

O impacto da transferência de um camélido de sua «casinha» em um zoológico: um estudo etnográfico sobre os ambientes humano-animal

Resumo:

Neste artigo faço um levantamento etnográfico sobre como o comportamento de um guanaco mudou quando foi transferido do lugar que os cuidadores chamavam sua «casinha». As transferências no zoológico permitiram-me observar mudanças de comportamento e alterações na saúde, que destacaram a importância da noção nativa de «casinha», da que falavam seus cuidadores. Detenho-me no desenvolvimento da vida, na experiência da transferência de Margarito, o guanaco, e no seu comportamento, assim como na sua «casinha». Analiso tal noção por meio do conceito de *ambiente* proposto por Tim Ingold. Como veremos, esse conceito só pode ser compreendido de maneira apropriada desde uma perspectiva ontogenética e com a ajuda de algumas ferramentas conceituais fornecidas pela psicologia ecológica e pela abordagem biossemiótica proposta por von Uexküll. Mais especificamente retomarei as categorias teóricas de *affordance*, proveniente da psicologia ecológica, e *umwelt*, procedente da biossemiótica, que põem em conjunto o foco sobre a importância das experiências dos animais em suas histórias

de vida. Assim, observa-se que «casinha» é uma noção nativa relacional que dá conta do conhecimento dos cuidadores, e que, por meio dela pode-se analisar o comportamento e o significado que os animais produzem nas suas vidas. Isso último é central, já que as mudanças de comportamento eram semelhantes em diversos animais quando transferidos.

Palavras-chave: casinha; zoológico; animal-humano; ambiente; transferências de animais.

Introducción

Este artículo es parte de un estudio antropológico que llevo a cabo desde hace más de nueve años sobre las relaciones entre los animales y sus cuidadores en un zoológico en la ciudad de Córdoba, Argentina (en adelante: Zoo). Tiene tres objetivos: 1) dar cuenta de cómo habitaba su «casita»⁴ Margarito el guanaco y sus

⁴ Usaré cursivas cuando me refiera a una apreciación personal que destaque alguna noción, concepto, dicho o clasificación; también, la emplearé para citar mis notas o referirme a algunos pensamientos que tuve durante el trabajo de campo o que surgieron en la escritura. Finalmente, usaré cursivas para describir conceptos teóricos. Usaré comillas para mencionar expresiones de mis interlocutores. Por último, dado el formato del texto, algunas categorías nativas llevarán comillas la primera vez que se mencionen y cuando sea considerado necesario; las siguientes veces en que aparezcan, no tendrán comillas.

cuidadores en un zoológico, como parte de un grupo de camélidos que tenían comportamientos similares, 2) realizar un análisis etnográfico de las múltiples experiencias de los agentes involucrados, nutriendo la comprensión de «casita» con el concepto de *ambiente* de Ingold, el de *umwelt* de von Uexküll y el de *affordance* de Gibson & Gibson y, 3) comprender, en última instancia, que la

noción nativa de «casita», explicada a través del concepto analítico de *ambiente*, puede ser un aporte importante para áreas de trabajo como el bienestar animal y la conservación de especies, como también para abordar con mejores herramientas la sexta extinción masiva de especies.

En términos metodológicos, para desarrollar este trabajo mantuve conversaciones y realicé entrevistas tanto con los cuidadores como con los biólogos, los veterinarios y el personal administrativo del Zoo. También llevé a cabo observación participante en mi condición de cuidadora de animales, durante un período de cinco meses entre 2017-2018. Para este trabajo, acompañé a todos los cuidadores. Cada día compartía los horarios con uno de los doce cuidadores —todos varones— desarrollando las mismas labores que ellos para el cuidado de los animales. Por último, realicé un registro de observación etológica *ad libitum* de distintos animales. Este tipo de observación consiste en un muestreo no sistematizado, realizado a través de descripciones generales de los comportamientos de estos animales, sobre todo, en los momentos en que se llevaban a cabo sus traslados

a otros espacios del Zoo y, también durante el día, cuando no me encontraba realizando mis labores como cuidadora, generalmente al terminar la jornada laboral, unas dos horas diarias.

Observaremos que «casita» es una noción nativa exclusiva de los cuidadores de animales de este Zoo. Nunca escuché que la emplearan los biólogos, los veterinarios y el personal administrativo. A veces, entre ellos mismos se restringía la posibilidad de decir casita y, decían la palabra habitáculo y, en menor medida, la palabra jaula⁵. Como veremos más adelante, a través de esta noción nativa de «casita» pude entender que para los cuidadores era de suma importancia el desarrollo de la vida de los animales y la experiencia que ellos tenían en el Zoo. Para los cuidadores, en estos procesos radicaban los significados que los animales habían acumulado viviendo en el Zoo. Muchos de estos significados se hacían en la coexistencia entre distintos agentes y, más aún, en el vínculo cuidador-animal. Sin embargo, debo señalar que la noción nativa «casita» no sólo se circunscribe a lo que anteriormente referí, sino que es aún más compleja, porque recoge el conocimiento de los cuidadores sobre los animales y toma en cuenta sus experiencias viviendo en el Zoo, en muchos casos por mucho tiempo, es decir, sus hábitos y vidas subjetivas, múltiples conexiones ecológicas y, sobre todo, sus mundos sociales interespecíficos. Reconocen su biología, pero van unos cuantos pasos más allá. También admite que son animales cautivos, es decir, que se encuentran bajo el cuidado y el control de los humanos, por lo tanto, el conocimiento de los cuidadores contextualiza, historiza y sitúa a estos animales.

Con respecto a los traslados de los cuales fui partícipe activa, me permitieron ver las consecuencias y contrastes que se generaban en las vidas de estos animales al ser reubicados fuera de sus casitas. Los traslados juegan un papel central, ya que damos vuelta la mirada hacia el animal, o sea, del conocimiento del cuidador pasamos a lo que el animal *nos quiere decir y mostrar* de su casita. La casita da cuenta de los distintos mundos sociales que habitan los animales y, también, cómo cada uno de ellos en su habitar, está produciendo distintos significados muchos de los cuales se vuelven vitales para sus existencias. De esta forma, la casita no se reduce al espacio ocupado por el animal, sino que más bien —como señalé antes—, vuelve significativo tanto el desarrollo de la vida de los animales como la propia experiencia de cada uno de los agentes.

A su vez, la «casita» es un *sistema abierto* que invierte y cambia de dirección el conocimiento proveniente de los cuidadores hacia los animales y, son estos últimos quienes pasan a guiar el conocimiento de los cuidadores a través de las habilidades,

⁵ En otro lugar, analicé la noción nativa de «jaula» y «habitáculo». En ese artículo señalo «La “jaula” y el “habitáculo” las categorías empleadas por administrativos y los biólogos respectivamente, eran las tecnologías que encapsulaban el mundo *Animalia*. Más aún, eran las tecnologías de antropo-poder que lograron encapsular al *Animal-Especie* y, en la construcción de la animalidad, darle el mismo nivel jerárquico en la “naturaleza” del Zoo» (Balbontín Beltrán, 2024a, p. 148).

las percepciones, las sensibilidades, los comportamientos, los materiales y los significados involucrados en dichas relaciones y vínculos interespecíficos. Por lo anterior, es que la casita, como veremos, es un concepto nativo relacional, que se compone de distintas otras casitas y responde a la relación interespecífica, pero a su vez, tanto a la individualidad del organismo como a su pertenencia a una especie determinada (Balbontín Beltrán, 2024b). En este artículo, sin embargo, me centraré sólo en la dimensión ontogenética, es decir, en el desarrollo de la vida del animal, en la experiencia del traslado y los significados que daban un sentido a la vida de uno de los camélidos, el guanaco⁶.

Para explicar la noción nativa de «casita», específicamente lo que respecta a la ontogenia, la experiencia y los significados, retomaré el concepto analítico de *ambiente* propuesto por el antropólogo Tim Ingold (2000, 2015a). Como

⁶ El traslado del guanaco se inscribe en el traslado de otros camélidos a un nuevo sector del Zoo. Pero, por razones de espacio, voy a limitar mis referencias sobre todo al comportamiento de solo uno de ellos.

se sabe, este concepto es parte de una propuesta más amplia que denomina la *perspectiva del habitar*, sobre la cual Ingold señala: «Sostengo que los seres humanos nacen como organismos-

personas dentro de un mundo que está habitado por seres de múltiples tipos, tanto humanos como no humanos. Por lo tanto, las relaciones entre humanos, que estamos acostumbrados a llamar “sociales”, no son más que un subconjunto de las relaciones ecológicas» (2000, p. 5; traducción propia). Ingold (2015a) señala que el habitar permite hablar de la continuidad de la realidad, entendiendo el proceso del habitar como nunca completo, nunca definitivo, «donde el habitante se involucra y participa» (p. 20). El mismo autor se refiere a ella como una síntesis relacional-ecológica-evolutiva. A partir de allí, comparto también con Ingold la «preocupación particular por las relaciones humano-animales y por la conceptualización de la interfaz humanidad-animidad» (Ingold, 2000, p. 5, traducción propia; 1994 [1988]). Bajo esta perspectiva, me concentraré en el concepto de *ambiente* que para el autor no se reduce a una concepción del espacio (Ingold, 2015b), sino que más bien sería «una zona de interpenetración, más que pensarlo como todo aquello que existe fuera del organismo» (Ingold, 2015a, p.73). Este concepto es apropiado para el análisis ya que, como veremos a continuación, se conforma de una visión ontogenética —proveniente de la *perspectiva del habitar*— y, a su vez, propone una manera de analizar la cuestión del significado. En relación con la *perspectiva del habitar*, a su vez, son centrales el concepto de *umwelt* o *mundo circundante* de la biosemiótica propuesta por Jakob von Uexküll (2016 [1934]) y el concepto de *affordance* de la psicología ecológica propuesto por James Gibson (1979). Ambos conceptos analíticos son constitutivos del concepto de *ambiente* propuesto por Ingold y los retomaré en profundidad en lo que sigue del texto.

En la primera sección realizaré un paneo general del nuevo sector de Camélidos y su inauguración, para luego, dar cuenta de cómo se realizaron los traslados de los animales a este sector. Luego, profundizaré en descripciones significativas acerca de la casita de Margarito el guanaco. Acompañan otros camélidos, los cuidadores, los biólogos y el personal administrativo. A partir de los datos etnográficos recogidos del guanaco sobre la casita, la experiencia del traslado y el comportamiento alterado, realizaré un análisis de su relevancia recurriendo principalmente a la concepción de *ambiente*, *umwelt* y *affordance* antes mencionados. Finalmente, haré algunas reflexiones generales a modo de conclusión.

La inauguración del nuevo sector de Camélidos

Las autoridades del Zoo habían decidido remover a los distintos animales que fueran de la familia Camelidae y entonces dispusieron un nuevo sector llamado «Camélidos» para las especies de animales que residían en distintos lugares de la organización. Entre ellos estaban: Margarito el guanaco, Felipe el camello, Panchito la llama marrón, Titi la alpaca y tres llamas jaspeadas⁷. Al momento de su inauguración, no había ningún cuidador en el lugar. En ese momento, aún no ejercía como cuidadora de animales. De hecho, fui al evento y luego me fui a caminar por el zoológico⁸. En este trayecto no dudé en preguntarle a algún cuidador por qué no había ido, y me señaló: «a nosotros no nos invitan a estas cosas». El día previsto para la inauguración ya habían ubicado a todos los camélidos en el sector: las tres llamadas jaspeadas, una llama marrón, una alpaca y un guanaco en sus lugares respectivos. Para entonces, habían decidido no llevar aún al camello, que vivía literalmente al lado del sector de Camélidos. Se decía que en un futuro cercano lo cambiarían a vivir dentro del sector. Algunos cuidadores señalaban que las llamas jaspeadas habían sido traídas juntas desde otro zoológico y tenían un comportamiento «dócil y amistoso»⁹. Sin embargo, según relataban, cuando llegaron a este Zoo no se querían bajar del transporte. Con respecto a la alpaca y el guanaco, ambos machos estaban en el Zoo desde hacía algunos años y los cuidadores no recordaban de dónde habían venido. En cuanto al camello, decían que había nacido en un zoológico, y que lo habrían traído hace ya más de diez años desde Mendoza.

⁷ Pongo énfasis en estos animales que fueron parte de la inauguración del sector de Camélidos, ya que había quedado un guanaco en otro sector debido a que tenía una ceguera y un estado de salud complicado. A esto último se sumaba que, por lo que me fue dicho, no se llevaban bien los guanacos entre sí.

⁸ El zoológico en el que hice esta investigación se encuentra en Córdoba, Argentina. Actualmente ha sido transformado en un centro de rescate y rehabilitación de animales.

⁹ En el texto me referiré en muchas ocasiones a los animales empleando los nombres asignados a ellos por sus cuidadores, y de manera similar a sus acciones como si fueran semejantes a las acciones humanas. Haré un juego entre las categorías de los cuidadores y las categorías etológicas. Constantemente, parecerá *como si* estuviera tambaleando en esa ambigüedad entre un lenguaje y el otro. Aunque emplear estas categorías hace difícil evadir el antropomorfismo, creo que, en lugar de ser un obstáculo, hacen posible una manera de comprender los vínculos multispecíficos.

El sector de Camélidos que se inauguraba era un espacio con suelo de tierra con algo de pasto, algunos árboles, y con separaciones similares a canaletas —sin agua— de cemento. Se encontraba en profundidad con respecto a la posición desde donde las personas del público podían mirar a los animales. El lugar donde se encontraban las canaletas también tenía separaciones con alambre. Se pasaba de una jaula a otra, a través de unas puertas de madera. Todas tenían adentro otra construcción tipo jaula cerrada más pequeña, algunas hechas de hierro y otras de hierro con piedras, contenidas por tejido de alambre. Ocupaban aproximadamente el diez por ciento de ella y, dependiendo del animal y del clima que había diariamente, se les ponía la comida y el agua, adentro o afuera. El sector tenía en total cinco jaulas de más o menos el mismo espacio y, la última jaula, era la más reducida de tamaño (véase Fig. 1, fotografía general tomada desde arriba de la última jaula que no se ve, ya que el lente estaba direccionado a mostrar hacia el inicio del sector de Camélidos). Es importante mencionar para la comprensión del texto que sigue, que los términos nativos «jaulas» y «habitáculos», en este caso particular del sector de Camélidos, se referían a los mismos espacios físicos: el uso (o el significado) de uno u otro término para referirse a ellas dependía de los agentes (véase más en Balbontín Beltrán, 2024).



Figura 1. Sector de Camélidos.

Fuente: imagen propia.

Los traslados de los camélidos

En los traslados de animales, los cuidadores eran los encargados de llevar a cabo las órdenes del personal administrativo: ellos movían a los animales de una jaula a otra cuando se trataba de un traslado o de preparar al animal y colaborar con el tipo de procedimiento a emplear para transportarlo, cuando se trataba de un traslado afuera del recinto del Zoo. El cuidador participaba poniendo la camilla para llevar al animal y, luego, lo encerraba para que los veterinarios lo durmieran (o anestesiaran). Con respecto a la seguridad del animal y de los cuidadores, los directivos del área administrativa tomaban las decisiones, aunque nunca supe que incluyeran alguna planificación sobre el animal y su futuro. A los cuidadores nunca se les preguntaba qué pensaban acerca de los traslados que decidían realizar, y muchas veces los vi molestos en relación a estas decisiones. «Nunca nos preguntan absolutamente nada. Si el animal está bien acá ¿para qué lo vas a querer cambiar? Después es difícil subirle el ánimo», me decía un cuidador y proseguía: «creo que no nos preguntan porque muchas veces terminamos enojados, porque después los animales se enferman, tienen comportamientos alterados, se ponen tristes... y los administrativos que toman estas decisiones, también deberían pensar que los animales se acostumbran en los lugares que están y a nosotros que los cuidamos». Otro cuidador me decía, con respecto al traslado de una guacamayo hembra: «acá hay un guacamayo macho [Jacinto] que tenía una pareja, y ella era de otro color, los pusimos en la misma jaula por un tiempo... pasó el tiempo, se hicieron parejita... entonces me dijeron que los separara para que no se hibridaran... tuve que cambiar de jaula a la hembra... no sabes lo triste que quedaron esos animales... después de eso, Jacinto se enojó conmigo. Pero, con el tiempo nos volvimos a hacer amigos... eso los administrativos no lo tienen en cuenta» (ver Fig. 2).



Figura 2. Secuencia de fotos entre el cuidador y Jacinto el guacamayo azul.

Fuente: imágenes propias.

Para los cuidadores, los traslados generaban situaciones muy problemáticas en sus trabajos, porque los animales cambiaban sus comportamientos —también en ciertas ocasiones, empeoraban sus estados de salud— y esto, a su vez, dificultaba de *manera evidente* asegurarse que se alimentaran bien, garantizarles que tengan limpias las jaulas, o darles alguna medicación, y quizás, de manera *menos evidente*, como me dijeron algunos cuidadores, «los animales a veces, muchas veces, se ponen tristes». De manera *menos evidente*, porque ellos no podían decir que los animales se encontraban «tristes», sino que tenían más bien que intercambiar las palabras y decir «decaídos». «Muchas veces, para el animal esto no es bueno, es malo... se sienten tristes, o como tengo que decir acá, decaído... claro, cuando lo cambias a una jaula más grande y linda, probablemente, el animal se verá mejor... pero hay veces en que el animal lo cambies donde lo cambies estará mejor en su casita donde tenía su amiguito, o compartía con otro animal o estaba acostumbrado a su cuidador o, a algo que ni siquiera nosotros sabíamos que se había acostumbrado», me decía un cuidador. También les pregunté a los cuidadores si ellos, después de realizar un traslado, le compartían la rutina que hacían con esos animales al cuidador que ahora estaría a cargo de ese animal trasladado, y todos me respondieron que no. Pregunté en algunas ocasiones a los administrativos y me señalaron en breves palabras que eso podía ser una pérdida de tiempo y que bastaba con mantener las condiciones necesarias para satisfacer las necesidades de la especie a la que pertenecía el animal en cuestión.

Con relación a lo anterior, quisiera poner el foco en la importancia que se le daba a los «traslados» de los distintos animales. Me interesa poner énfasis en la relación cuidador-animal y en lo que decían sobre ella los administrativos y los biólogos. Para la mayor parte de ellos, con quienes tuve conversaciones sobre el tema, las prácticas e interacciones que tenían los animales en las jaulas o habitáculos donde vivían, carecían de interés. Es más, muchas veces se mostraron sorprendidos cuando advertían que aquellas prácticas, por ejemplo, las que se daban entre cuidadores y animales, tenían importancia. De hecho, ellos parecían concebir los traslados de los animales a una nueva jaula como un evidente beneficio para ellos, es decir, creían que tenían que estar mejor en su «nuevo habitáculo». En aquel tiempo, fui testigo en reiteradas ocasiones de conversaciones sobre intercambios de animales que se querían llevar a cabo o ya se habían realizado. Sin embargo, lo que más me llamaba la atención, era que, para los funcionarios, eran vistos como simples intercambios entre ejemplares de una u otra especie, sin que se manifestara ninguna preocupación por la vida que ya estaba desarrollando cada animal en su jaula. Esto último era importante para los cuidadores, ya que los traslados no pasaban desapercibidos: cada vez que reubicaban a los animales —como ya señalé en el párrafo anterior— se generaban cambios en sus comportamientos y estados de salud.

Tuve una participación frecuente en varios traslados que se realizaron de diferentes animales. Particularmente, en el traslado de los camélidos al nuevo sector destinado a ellos, desempeñé diferentes roles. En algunas ocasiones fui solo observadora porque aún no era cuidadora, en otras participé como cuidadora, cuando se cambiaron los animales a otras jaulas en el mismo sector. Cabe aclarar, que estos traslados no se hicieron todos al mismo tiempo. Cuando el nuevo sector de Camélidos fue inaugurado ya estaban las tres llamas jaspeadas que, según me dijeron algunos cuidadores, las habían comprado o intercambiado por otro animal, una práctica recurrente entre los zoológicos. También se conformó con algunos animales que estaban ya en la institución, como la alpaca, el guanaco y la llama marrón. Aunque también quisieron trasladar al camello, fue un frustrado intento de cambio de jaula: no lo pudieron mover de su casita (Balbontín Beltrán, 2024b)¹⁰.

Uno de los animales que llamó mi atención fue el guanaco llamado por su nombre

¹⁰ En otro trabajo me ocupé del intento de traslado de Felipe el camello (véase Balbontín Beltrán, 2024b).

particular: Margarito. A los fines de este escrito es importante señalar que su comportamiento era «alterado». Así me fue señalado en varias ocasiones por

biólogos, administrativos y cuidadores. Para biólogos y administrativos, el cambio de comportamiento no era de mayor importancia. Sin embargo, donde puse el foco fue en que los cuidadores daban un punto de partida a este comportamiento. Para ellos, Margarito estaba «alterado» a partir de la experiencia del traslado desde su casita al sector de Camélidos. En lo que sigue, me ocuparé de la vida que tenía Margarito y su casita a la que hacían referencia los cuidadores. Luego, daré cuenta de la experiencia que tuvo en su traslado hacia el sector de Camélidos.

La vida de Margarito el guanaco en su «casita»

Antes de ser trasladado al sector de Camélidos, el guanaco vivía en el sector llamado «Patagonia». Unos días antes del traslado, habían despedido de la institución al cuidador que estaba en ese sector. Antes de eso, hablé muchas veces con él y aunque no estuvo en el momento del traslado para mí era importante conocer su opinión con respecto al comportamiento alterado que se observaba en el animal. Para él, el comportamiento alterado del guanaco estaba relacionado con el cambio a la jaula nueva en el sector de Camélidos: «el guanaco estaba bien en Patagonia, su comportamiento no era como el de ahora... alterado, agresivo», me supo decir. Patagonia era un sector donde había varias jaulas, sobre todo con ciervos y maras. En una de ellas, vivía el guanaco. Cuando iba solo a observar —antes de ser cuidadora—, pasé muchas veces por fuera de la jaula donde él se encontraba. Era un rectángulo de tamaño grande, quizás de unos cincuenta por ochenta metros, donde el guanaco estaba rodeado de maras. Convivía con ellas y con uno o dos ñandúes. Todos los animales que estaban

en esa jaula se veían entrelazados por un suelo de tierra a cielo abierto, unos tejidos de alambre que cercaban la jaula, una pileta de cemento pequeña que se encontraba sin agua y, en uno de los lados, un edificio destinado a encuentros y reuniones entre diversos sujetos humanos. Los animales, en todas sus formas y tamaños, caminaban, corrían y saltaban por todo el terreno. Andaban en grupos o solitarios. Tomaban sus descansos, comían y bebían agua. La hora de la comida era al mismo tiempo: era entregada de manera dispersa a todos los animales en el suelo y comían juntos sin ningún mordisqueo entre ellos.

Las maras vivían en un sector en el Zoo que se llamaba de la misma manera a la que pertenecía *naturalmente* su especie o, en términos ecológicos, a su hábitat natural. Como me señalaron algunos de los biólogos del Zoo, estos animales son endémicos de la zona austral, específicamente de la Patagonia. Las maras o liebres patagónicas eran las protagonistas de uno de los proyectos de investigación de algunos biólogos. Así era que, en el trayecto que recorrían los investigadores para llegar al sector de Patagonia desde el centro de investigación ubicado en otra parte del mismo Zoo, había posibilidades de encontrarnos y cruzar una que otra palabra. Los biólogos siempre estaban observándolas desde afuera de las jaulas: caminaban por las calles, anotaban en una libretita, y las volvían a mirar. Ellos sabían que las maras se peleaban entre ellas: muchas veces, alguna de ellas quedaba con una herida sangrante; luego de esas situaciones, las *peleadoras* eran llevadas por los cuidadores a la veterinaria. También se escapaban de las jaulas, haciendo hoyos por abajo y saliendo por el otro lado. Eran sus propias madrigueras, que hacían una y otra vez, ya que estas eran constantemente tapadas por los cuidadores —por mandatos de la administración— para que no volvieran a salir de la jaula. No obstante, las maras escapaban con igual insistencia: cuántas veces las habré visto muy relajadas, saltando en grupos de dos o tres por las calles del Zoo, temprano por la mañana. Parecían espectadores, sólo les faltaba la ropa de los humanos. A veces, se quedaban mirando hacia dentro de otras jaulas. Tenían a los cuidadores sudados en verano, siguiéndolas por todo el Zoo. Tal como señaló un zoólogo, en un cruce breve de palabras, —que, a todo esto, me supo decir contento cuando me presenté: «llevo más de treinta y tantos años acá, al fin viene alguien a estudiarnos, como nosotros hacemos con ellos» [los animales]—, «las liebres son audazmente rápidas». En otras ocasiones, algunas de ellas se sacaban el collar con que habían sido registradas para las investigaciones, o se atrofiaban una pata con el mismo collar, al meter la pata entre este y el cuello. Ahí tenían que volver los cuidadores.

En la jaula había también algunos ñandúes. Desde hacía un tiempo, al parecer, eran dos y siempre estaban orillando la jaula. Ya en primavera, se colocaban debajo de las sombras de algunos árboles que contorneaban la jaula. Cuando se acercaba alguien del público, estiraban su cuello largo lo máximo posible y miraban con ojos saltones. De estar arrepollados, sentados, se paraban y parecían otro animal:

plumíferos de casi dos metros. Siempre vi al guanaco cerca de los ñandúes. Mientras estas aves podían picotearte a través del tejido de alambre, el guanaco podía escupirte: parafraseando a un biólogo, el escupitajo se presenta como una viscosa baba que dispara con certera puntería a quien lo incomode o represente una amenaza. Menos mal, ninguno de los animales, en estos momentos, me picoteó ni escupió. Al parecer, nunca fui una amenaza para el guanaco mientras se encontró en Patagonia. Las maras también aparecían, por debajo del plumaje de los ñandúes... ¡Era que los ñandúes se sentaban en sus madrigueras! Ese era su ambiente.

Me interesa en este momento retomar el concepto de *ambiente* propuesto por Ingold (2000, 2012). Para repensar esta noción son centrales algunas categorías teóricas desarrolladas por Jakob von Uexküll (2014 [1920]; 2016 [1934]) y Eleanor y James Gibson (1979). Explicaré brevemente estas ideas.

Me referiré en primer lugar al concepto de *umwelt*, que se ha traducido como «mundo circundante» (Heredia, 2014). Dicha categoría fue propuesta por el padre fundador de la biosemiótica, el biólogo y fisiólogo Jakob Johann von Uexküll, en *Andanzas por los mundos circundantes de los animales y los hombres* (2016 [1934]). Dicho concepto busca capturar el modo de percepción *subjetivo* que es propio de cada especie animal, a diferencia del entorno físico y geográfico tal como puede ser percibido por los humanos (*umgebung*) y del concepto de mundo objetivo propio de la ciencia (*welt*) (Heredia, 2014). En *Teoría de la vida* (2023 [1930]), von Uexküll señala que el *umwelt* «consiste únicamente en los signos perceptuales de los animales, que el propio animal traslada al exterior [...] Todo mundo circundante es producto de un sujeto» (p.85) y, a su vez, el sujeto de un *umwelt* puede ser objeto (*objekt*) de un mundo circundante de otro. Su aportación «podría incluso ser considerada una versión temprana de la escritura etnográfica contemporánea que se compromete con los vívidos enredos (*lively entanglements*) de los humanos y otras criaturas» (Schroer, 2019¹¹). Por otro lado, también es útil en este contexto incorporar el concepto de *affordance*, elaborado por la psicóloga Eleanor J. Gibson y el psicólogo James J. Gibson (1979)¹². Para

¹¹ El trabajo de Schroer (2019), entre otros, evalúa la trayectoria, la evolución y el impacto positivo de las ideas de von Uexküll para la antropología, así como también sus limitaciones, v. gr. cierto determinismo especista que pareciera limitar el papel de las experiencias vividas y el problema del acceso epistémico a diferentes mundos subjetivos.

¹² Es importante reconocer el trabajo invisibilizado de la psicóloga Eleanor Gibson (1910-2002) quien fuera la cocreadora del enfoque ecológico de la percepción visual y la teoría de las *affordances*. Tuvo un trabajo de asistente por largos años en una granja donde analizó, con otros, la percepción de la profundidad en cabras y pollitos. Luego, fue investigadora colaboradora en un laboratorio con ratas. Finalmente, desarrolló su conocido experimento llamado «abismo visual» donde descubrieron que la percepción de la profundidad en bebés es innata y la despliegan cuando comienzan a gatear (Gibson & Walk, 1960). También, profundizó en el enfoque del aprendizaje perceptivo (Gibson, 1969). Sin embargo, los primeros proyectos no fueron propios de su elección, sino que más bien, los desarrolló en respuesta a su *falta de laboratorio*. Lo anterior, hace alusión a la discriminación de género que tuvo en psicología, ya que las actividades en laboratorios eran catalogadas como masculinas y no eran compatibles con la feminidad.

ellos, los significados que perciben las criaturas están ya insertados en los objetos que hay en el ambiente (Ingold, 2015). En el cap. 8 de *The Ecological Approach to Visual Perception* (1986 [1979]), titulado “The theory of affordances”, afirman que los significados se encuentran en el ambiente y son revelados por la percepción de los organismos. La noción de *affordance* pone el foco en los aspectos relativos e interactivos de la percepción: distintas criaturas perciben de diferentes maneras los objetos en sus nichos ecológicos y de acuerdo a distintos factores relevantes para ellas. Este término no tiene un equivalente único en español. Una *affordance* es lo percibido, entendido como aquello que *posibilita*, *ofrece* o *suscita* ciertas respuestas, es decir, tanto relativamente a las características de los observadores como relacionando la percepción con la acción. Se trata, pues, de una noción de percepción que rompe la dicotomía entre lo subjetivo y lo objetivo y que también se aparta de una caracterización pasiva de la percepción. En palabras de Gibson: «La *affordance* de algo no cambia a medida que cambia la necesidad del observador. El observador puede o no percibir o prestar atención a la *affordance*, de acuerdo con sus necesidades, pero la *affordance*, al ser invariable, siempre está ahí para ser percibida [...] El objeto ofrece lo que hace porque es lo que es» (1986 [1979], p.138-139; traducción propia).

Como puede verse, ambas nociones parecen apuntar en direcciones contrarias, excepto que ambas son relevantes por el movimiento que se genera según dónde se encuentre el significado, ya sea internamente —retomando a von Uexküll— o externamente —retomando a Gibson & Gibson—. Según Ingold, ambas perspectivas, al señalar que «los significados están ya en el ambiente para cualquier criatura que es capaz de descubrirlos» (Ingold, 2012), pueden combinarse mediante una noción más amplia de *ambiente*, entendida no de manera estática, como *entorno* (*environment*), sino como una zona de interpenetración dinámica de los organismos con el mundo que habitan (Ingold, 2012). Esto último es central en la visión del antropólogo, ya que significa que el *ambiente* está en un continuo *haciéndose* en relación a los habitantes que desarrollan sus caminos a través de distintas sendas (Ingold, 2012). En este sentido, pensar a través de sendas es lo que lo llevó a la noción de movimiento y habilidad. Esta última, es central en el pensamiento del autor, definiéndola como «la coordinación de percepción y acción [...] que involucra precisión más que exactitud» (2012, p.73-74). De ese modo Ingold intenta romper la visión estática que separa al organismo del «entorno que lo rodea» y la visión dicotómica, según la cual el significado se encuentra o bien fuera o bien dentro del organismo (Fissore & Balbontín, 2021; Ingold, 2012:73). En otras palabras, Ingold interpreta que ambos conceptos *umwelt* y *affordance* son complementarios, proponiendo así una mirada ecológica más compleja. Como se ve, además, ambas perspectivas, la uexkülliana y la gibsoniana, tienen una profunda sintonía: invitan a descentrar

la mirada antropocéntrica para comprender otras perspectivas, otros mundos, poniendo el acento en la conexión de la percepción y la subjetividad de distintas criaturas con un nicho o un ambiente¹³.

Nuestro guanaco, según los relatos de los cuidadores, estaba acostumbrado a convivir con las maras y los ñandúes. Ellos eran parte de su *umwelten* y sus *affordances*. Su *ambiente* en Patagonia estaba constituido por aquellos convivientes. «Algunas veces, cuando estaba en Patagonia, claro que se peleaba con las maras, como que las

¹³ En tal sentido, ofrecen herramientas a la antropología, y a las ciencias sociales en general, para comprender una gran variedad de comportamientos significativos, así como su papel en un amplio espectro de posibles interacciones multiespecíficas.

picoteaba... pero su comportamiento era otro. Nosotros ahí podíamos entrar a la jaula a darle comida, agua y limpiar sin problemas», me señalaba un cuidador. Otro me decía: «Antes, cuando estaba en Patagonia, era otra cosa, era... no te

mordía, no te cazaba, nada. Estaba con las maras, se llevaba bien con los ñandúes. Estaba mucho mejor antes de lo que está ahora. Era su casita. Hoy en día, al guanaco no podés ni darle la comida del cambio de comportamiento que tuvo. Se te para en dos patas ahí no más cuando le vas a dar comida». Algunas veces, vi al guanaco mirando fijamente, mientras tomaba agua, a las gallinas que se encontraban en la jaula del frente en el sector de Patagonia. Otras, lo vi observando de cerca a personas del público: notable era cómo el tejido de alambre —ese que cercaba la jaula— se transformaba de una barrera a un enlace entre humanos y animales. Lo vi habitando la jaula de Patagonia. Las palabras de un cuidador fueron: «seguramente el guanaco ya tenía sus amigos en su casita. Ellos están con los animales de adentro de la jaula, pero también reconocen a los que los rodean... y el guanaco se acercaba a la gente por el tejido [de alambre]».

Un dato no menor es la *relación de complicidad* que se podía advertir entre el guanaco y los ñandúes. Algunos biólogos en el Zoo me señalaron que podría desarrollarse una provechosa relación de cooperación entre ambas especies. Los zoólogos categorizan estas redes de relaciones íntimas entre especies como *mutualismo*, un vínculo donde ambos participantes se benefician, distinguiéndolo del *comensalismo*, donde uno de los participantes se beneficia y el otro no es dañado y, por último, del *parasitismo*, donde uno de los involucrados se beneficia y el otro es dañado (Fijn *et al.*, 2023). Según mis registros etnográficos pero también etológicos, probablemente se estaban desarrollando distintas redes complejas de mutualismo, entramados de *umwelten* y de *affordances*, que iban variando en los *ambientes*. Se me podría discutir que estas categorías se desarrollan para el estudio en poblaciones durante temporalidades que son de largo alcance y para una escala evolutiva adaptativa. Sin embargo, soy consciente que lo estoy poniendo en práctica para individuos y sus experiencias subjetivas en *ambientes* situados.

Entonces volvamos a la relación de mutualismo entre los agentes beneficiados. Por un lado, uno de los comportamientos del guanaco Margarito era defecar siempre en el mismo lugar, realizando montículos de excrementos. Los ñandúes, dicen los biólogos, se benefician de estos, ya que en las deposiciones abundan los insectos coprófagos y de ellos se alimentan las crías de ñandú. Por otro lado, los ñandúes son perfectos aliados de los guanacos ya que se encargan de dar alarma corriendo cuando se sienten amenazados. Esto último, sucedía recurrentemente en el Zoo. A mi parecer, el guanaco, los ñandúes y también las maras, entretejían sus vidas en redes de mutualismo en aquella jaula en el Zoo. Más que apenas acostumbrados, sus vidas se encontraban coexistiendo entre distintos *umwelten* y *affordances*. ¡Eran ellos los que me estaban mostrando el cohabitar de sus *ambientes*! ¡El habitar era mutuo! Era el «apoyo mutuo» del que tanto habla en sus líneas el naturalista anarquista Piotr Kropotkin: «En muchas vastas divisiones del reino animal, la ayuda mutua es regla general» (Kropotkin, 2015 [1970], p. 74). Según el autor, la existencia depende siempre de una coexistencia y en los animales ungulados encontramos formas exquisitas de ayuda mutua y elevada sociabilidad.

La jaula, al parecer, no era una jaula. La jaula, en estos términos, cambia de significado. Su *affordance* de encierro para el humano, es para el guanaco la posibilidad de habitar de otras maneras, es decir, es parte de su *umwelt*. Esto nos pone en una situación bastante arriesgada. Pareciera que las dinámicas de dominación y poder humano-animal desaparecen y ¿si la jaula no es una jaula para el guanaco? La casita, en cambio, muestra la complejidad de la vida de estos animales. En esos momentos, iba entendiendo cómo para los cuidadores estas jaulas constituyen las casitas de los animales. Las casitas se conforman en la relacionalidad de las especies (como el caso de los camélidos y las maras) y, en particular, en la relación cuidador-animal. Para los animales mismos, las casitas se iban conformando a través de sus mundos perceptivos interespecíficos. Esto va mucho más allá de lo físico, lo tangible o lo material. También trasciende el mismo espacio que ocupa el guanaco Margarito en la jaula. La casita se cohabita a través de múltiples *ambientes*. Vamos ahora a situarnos en el momento del traslado de Margarito el guanaco de los sectores Patagonia hacia Camélidos.

La experiencia del traslado y el comportamiento alterado de Margarito el guanaco

Sobre el comportamiento en Camélidos me llamaba mucho la atención la dinámica que tenía en esa jaula (ver Fig. 3). Se encontraba solo. Unas cuantas jaulas más allá estaba Panchito, la llama marrón, con quien ya se había peleado un día en la noche que se escapó. Recordaba su casita en Patagonia. Un día, cuando ya había sido trasladado a Camélidos, me paré frente a él a través de los alambres y, de repente, se paró en dos patas y me escupió. Margarito no escupía

en Patagonia. Lo vi escupir muchas veces en Camélidos. En aquellos momentos sus comportamientos se mostraban alterados. El escupitajo que me dio abrió la grieta de significados en las coexistencias: yo interpreté que Margarito el guanaco me quería decir algo, más precisamente, me estaba manifestando su incomodidad a través de ese comportamiento, su *umwelt* había sido roto. Eso le atribuí: su comportamiento parecía transmitir un significado por su *malestar* a causa del traslado, su *enojo* con los humanos y las *affordances* de la jaula en que ahora se encontraba parecían significar para él algo desagradable.



Figura 3. Margarito el guanaco en el sector de Camélidos.

Fuente: imagen propia.

Así, me propuse encontrar respuestas sobre qué había sucedido con el guanaco al momento del traslado y cómo había sido el traslado del sector Patagonia a Camélidos... «Ese día, nos dijeron [los administrativos] que había que llevarlo a Camélidos. Éramos cinco cuidadores. Es un trayecto largo acá en el Zoo. Lo agarraron con la soga, lo agarramos... nos hicieron entrar y él nos vio las caras, le tuvimos que tapar la cara y lo agarramos de las orejas, aunque no se dejaba nos tiraba a morder y, luego, lo llevamos al otro sector. Lo metimos arriba del transporte, y ahí íbamos todos arriba de él. Las patas las llevaba enlazadas y la cabeza tapada con un trapo. Todo fue con cuidado, claro, pero el animal vio que era llevado, tuvo una sedación pequeña y cuando se despertó se puso como loco... Estaba agresivo, alterado. Estaba enojado el animal. Imagínate, es como que te saquen de tu casa y te pongan en otra desconocida... ¿cómo te sentirías? No quería irse... pero los directores, los encargados de los traslados [personal de administración, entre ellos algunos biólogos y veterinarios]... Ellos no hablaron con nosotros, porque como somos cuidadores sabemos cómo el animal se va sentir, cómodo o no. Pero bueno, ellos hablan entre ellos. No nos preguntan a nosotros» (para ver el traslado y los sectores involucrados ver Fig. 4).

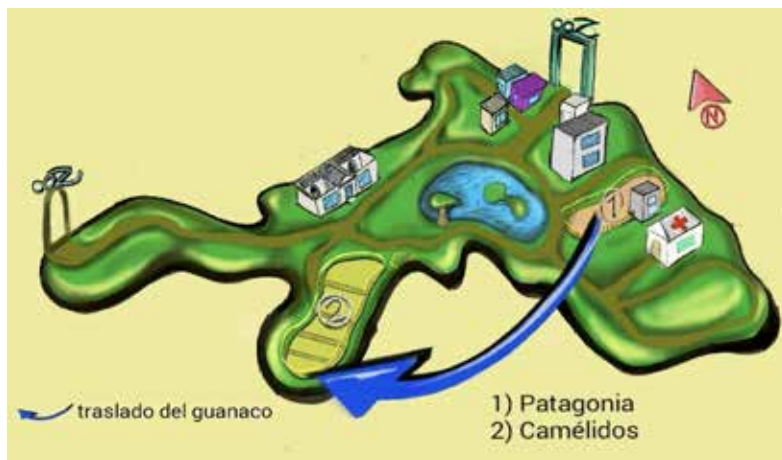


Figura 4. Croquis de los sectores involucrados en el traslado del guanaco.

Después del relato sobre el traslado a su nueva jaula y habitáculo —ya que los cuidadores no le decían casita al recinto donde se encontraba el guanaco en Camélidos—, el cuidador me dijo que el guanaco nunca volvió a *ser* el mismo. El guanaco cambiaba cada día más su comportamiento. Algunos biólogos me dijeron que, en la Familia de los Camélidos, los guanacos —a diferencia de las llamas— son salvajes. Jessica Manzano-García *et al.* (2019) analiza interacciones entre humanos y guanacos en algunas localidades de Argentina, que permiten

comprender el comportamiento social de estos animales. Los autores señalan que estos ungulados conforman grupos familiares y que ciertos factores ecológicos podrían influir en la cantidad de integrantes de estas familias. Por otro lado, señalan que los guanacos son animales territoriales, por esto, es que suelen dejar un cúmulo de heces en el lugar en que se encuentran. El macho, por su parte, suele estar atento de los depredadores. También señalan que los guanacos aceptan la presencia humana donde no haya habido situaciones de estrés o agobio para ellos. La resistencia que manifestó Margarito a ser trasladado y los esfuerzos que requirió lograrlo podrían explicar el comportamiento alterado y agresivo que tenía el animal después del traslado¹⁴. Sin embargo, en este caso situado, el desarrollo de la vida del guanaco y su experiencia en el traslado tomaban vital importancia: su comportamiento había cambiado notoriamente desde el traslado hacia Camélidos.

El guanaco *habitaba* en Patagonia. Como señala Ingold (2015), para comprender el comportamiento de humanos y no humanos, debe tomarse en cuenta el desarrollo de la vida de los organismos vivos que empieza en la concepción y termina con la muerte, es decir, debemos adoptar un enfoque ontogenético. En

¹⁴ Sobre la agresividad de los animales y los humanos en contextos de laboratorio y cautiverio encontramos literatura reducida que se enfoca en modelos neurobiológicos de la agresión. Véase más en Olivier & Young (1998; 2001). El enfoque que propongo no busca contradecir estos modelos, sino que, más bien, desde una perspectiva etnográfica, intento realizar un aporte sobre otras maneras de observar el fenómeno de la agresividad en animales en cautiverio.

consecuencia, más allá de la historia genética o el «programa» anticipado de la especie, su filogenia, los animales tienen, y también Margarito, su propia densidad vivida. En otras palabras, la formación del ambiente y el proceso ontogenético no se pueden hacer el uno sin el otro. Si el organismo viviente *se hace* con el ambiente, su *ser* estaba

integrado a su ambiente antes del traslado. Una vez trasladado rompe su *ser*, y se vuelve un *estar*. De un *ser*, una temporalidad continua en el *organismo-viviente*, pasó a un *estar*, algo pasajero, una temporalidad breve e inestable. Según Bateson (1972), sería un cuerpo-sin-ambiente. Me animo a señalar que es un *organismo-no-viviente* en el sentido que su relación con el entorno es de completo desajuste, ya que el animal carece ahora de la trama de significados que conformaba su ambiente. De cierta manera, los significados que se fueron habitando a través de los procesos ontogenéticos y las experiencias acumuladas, se encuentran tachados y desgarrados. Se produce una bifurcación organismo/ambiente.

El desarrollo de la vida del guanaco se había enredado y desenredado entre los cuidadores —todos estaban ensamblados de una u otra manera con su vida—, pero también con las maras, los ñandúes, el público, el suelo de tierra, una pileta sin agua, tejidos de alambre, los biólogos, los animales que estaban alrededor en otras jaulas —unas cuantas gallinas, un guepardo, un antílope—, y hasta uno que

otro administrativo, entre muchos otros agentes. Y entre tantas otras historias. Al llevárselo de Patagonia, la relación entre el organismo viviente y el *ambiente* había cambiado rotundamente, mejor dicho: estaba rota. Margarito, corría de un lado para el otro. Cada vez que llegaba un humano cerca, iba a un lugar visible y defecaba y orinaba. Se levantaba en dos patas cada tanto tiempo. Quería saltar la reja. Siempre tenía sus orejas moviéndolas hacia atrás (ver Figura 5). Para darle comida, había que encerrarlo. Comía, sí, pero esperaba que los humanos estuviéramos alejados. Nos ubicábamos detrás de una piedra arrodillados para que no nos viera, así nos asegurábamos que comiera. Su estado alterado era notorio, nunca lo vi durmiendo. Cada vez que podía escupía mirando a Panchito la llama marrón.

El comportamiento de Margarito pareciera explicarse por la ruptura del *ambiente* que era percibido como portador de características o señales significativas (Fissore & Balbontín Beltrán, 2021), caracterizado como intérprete activo de signos en esos *ambientes*. Como bien señala Ingold (2012), aquí debemos abandonar la idea de simbolismo que desarrollamos los humanos con la adquisición de la cultura, que nos haría suponer que solo los humanos disponemos de recursos simbólicos para establecer relaciones apropiadas con el *ambiente*. Además, en contraste con la visión predominante en la biología, en este *ambiente* es reintroducido el individuo vivo como un agente que posee su propia perspectiva. En otras palabras, se trata de deconstruir la concepción según la cual todos los vivientes y los objetos habitaríamos un mismo mundo universal, anclado en el espacio newtoniano y la lupa antropocéntrica (von Uexküll, 2014 [1920]).

Volviendo a Ingold, frente a la cuestión de si los animales habitan mundos con sentido, la respuesta estándar de la antropología ha sido que sólo los humanos construyen sus ambientes de manera simbólica. Ingold advierte la insuficiencia de esta respuesta y en su lugar propone —tomando los aportes de la teoría uexkülliana y de la psicología ecológica— que el significado se va sedimentando en el desarrollo de habilidades, que son el fruto de la coordinación entre la percepción y la acción. Señala, además, que «el desarrollo de las habilidades [*skills*] en la práctica humana con otros seres vivos [...] va sedimentando significados en la persona y en todos aquellos que comparten una comunidad de prácticas» (p. 13). Esta idea enmaraña el percibir, el comprender y el significar como aristas de un mismo proceso, donde hacer es previo a expresar representacionalmente lo que hacemos, y movernos en el mundo es anterior a extrañarse de él mediante la abstracción. Así, el *ambiente* está también integrado al cuerpo, en otras palabras, al comportamiento porque, como dice Bateson (1972), no están separados, sino que son continuidad(es) que hace(n), ni más ni menos, que a las características de la(s) mente(s).



Figura 5. Margarito el guanaco con las orejas hacia atrás en el sector de Camélidos.

Imagen: propia.

Esto me hace pensar que aquello que nosotros, los humanos, demarcamos como límites —que, en el caso del Zoo, sería la frontera entre las jaulas y las calles, entre otras fronteras— no tendría, para algunos animales, el sentido humano del encierro. La jaula, al menos en estos casos, por ejemplo, para Margarito, después de años de construir en ella un *ambiente* complejo e inseparable de su vida, no es tan incómoda. Para muchos animales, estas jaulas constituirían más bien enlaces fluidos de «materia y signo» (Haraway, 2019a), activados a través del cohabitar de las coexistencias entre los agentes. Podemos ir aún más allá e interpretar, como Ingold sobre el *umwelt*, que se trata de un *mundo circundante* al que «se le brinda significado en términos del proyecto particular de un animal [o sea,] es el organismo que le da sentido a un ambiente» (Ingold, 2015, p. 70). En el texto *Cartas biológicas a una dama* (2014 [1920]), von Uexküll dice: «Después de haber visto miles de mundos hasta el cansancio, consideramos mundos circundantes particulares en formas más precisas y siempre nos vemos sorprendidos por uno nuevo, al contemplar la concordancia íntegra de la organización corporal con el mundo circundante» (p. 93). Luego prosigue poniendo énfasis en que no hay nada que sea azaroso, ya que todo se ajusta mutuamente. La idea termina con esta pomposa frase: «El sol del mundo circundante porta la medida del ojo y el ojo del ser vivo porta la medida del sol del mundo. Así de distintos son los ojos de los seres vivos como de diferentes los soles y los cielos de sus mundos circundantes» (p. 93). Con von Uexküll (2014 [1920]; 2016 [1934]) invitándonos a desbordar los mecanicismos al son de los *mundos circundantes particulares*, me pregunto: ¿cómo son los ojos, el cielo y el sol que acompañaban la vida del guanaco en el Zoo? ¿Qué sentido le daba Margarito el guanaco a Patagonia, que perdió cuando fue obligado a abandonar su «casita»? ¿Cómo eran sus relaciones con todos los agentes? Y con un poco de especulación... ¿Qué amigo, qué enemigo, qué amor, habrá dejado en esos ambientes...? ¿O es que solo los humanos podemos *pensar, significar y sentir* esas cosas a través de nuestras particulares prácticas semiótico-materiales?

Mientras escribo estas líneas me he comunicado con un cuidador de Margarito quien me señaló que lo han llevado a vivir nuevamente al recinto, a un lado de las maras. Vive con algunos pavos reales. Las maras hacen madrigueras para estar con él. Su comportamiento nuevamente ha cambiado. «Es sociable con los animales y las personas que lo van a ver», me dice el cuidador, «solo escupe a los cuidadores que estuvieron en su traslado». Luego, prosigue; «es que lo han devuelto a su casita, defiende a las maras, ellas son parte de su grupo». ¿Qué podría significar esto último? La conexión profunda del guanaco con su casita: el entrelazamiento de *umwelten* y de *affordances*. Antes que una noción nativa meramente antropomórfica, da cuenta de una mutua compenetración entre diversos *ambientes*, tanto entre animales de diversas especies como humano-animal.

Conclusiones

En este artículo, mediante la observación etnográfica de la relación cuidador-animal, pero también de la observación etológica *ad libitum* del comportamiento particular de Margarito el guanaco, pude examinar el impacto que produjo su traslado al sacarlo de su casita para ubicarlo junto a otros camélidos. «Casita» es una expresión nativa de los cuidadores que, a diferencia de la jaula, en el lenguaje del personal administrativo, y de habitáculo, empleada por biólogos, no está relacionada con una concepción del animal como ejemplar de una especie que vive con otros de la misma especie, en un hábitat natural que se pretende recrear de algún modo, sino que se corresponde con un animal particular viviendo en su *ambiente*.

El análisis de la «casita» a través del concepto de *ambiente* elaborado por Ingold nos ayuda a dar cuenta que se trata de un concepto anclado en el desarrollo de la vida de los animales y en las experiencias de cada uno de ellos. A su vez, es una noción nativa relacional y situada. En este trabajo me he centrado en ciertos aspectos del desarrollo de la vida de Margarito el guanaco, sus experiencias y los significados que habitaba en torno a su casita en el sector de Patagonia y los cambios que evidenció su comportamiento después que fue trasladado al nuevo sector de Camélidos: su comportamiento se volvió alterado. Pude observar cambios similares con el traslado de los otros camélidos y de animales de otras especies también.

De este modo, logré advertir la enorme importancia que tienen las experiencias vividas de los cuidadores en las diferentes prácticas con los animales en sus rutinas en el Zoo. En contraste con el reconocimiento de un animal sólo como miembro de una especie, para ellos es más importante aun lo que cada animal *tiene para contarles*: una historia de vida propia *haciéndose* en las casitas. Así entonces, tomando en serio lo que los cuidadores me mostraban sobre las casitas pude comprender cómo emergen múltiples significados y, cómo se hacen *ambientes*, a través de la interacción del animal, tanto con el lugar donde habita como con los individuos, animales de la misma u otra especie y también con algunos humanos, en este caso, sus cuidadores.

Más allá de todo lo expuesto, considero que este análisis tendría que realizarse aún de manera más exhaustiva, ya que en las casitas también florecen componentes psicológicos, tales como sensibilidades, personalidades, emociones, pensamientos, a los que no he hecho referencia aquí. Con respecto a los pensamientos, quizás, habría que revisar la perspectiva ingoldiana que reduce estos a sólo «estados corporales» (1994, p. 95). En este sentido, concuerdo con el antropólogo Eduardo Kohn (2021) cuando señala que lo que compartimos con otros seres vivos no humanos no es la corporeidad —personalmente diría no es sólo la corporeidad— sino que es «el hecho de que todos vivimos con y a través de signos» (p. 13), ya que «aunque la semiosis está encarnada, siempre involucra algo más que cuerpos» (p. 105). Vuelvo

a resaltar, entonces, que el estudio de los significados a los que apunté en este trabajo son únicamente una arista de este sistema semiótico abierto llamado «casita» en el contexto de un Zoo.

La importancia que tiene para los animales reconocer sus *ambientes* implica que nosotros, los humanos, tenemos que darnos cuenta que, a pesar de estar encerrados, ellos están desarrollando una vida. Esto no significa la perpetuación del cautiverio. Sin embargo, concuerdo con Despret (2018), el cautiverio es ciertamente distinto de las condiciones naturales, aunque no por esto es menos real. De esta forma, los comportamientos de los animales, muchas veces, vienen junto a significados de los cuales se sostienen sus existencias vitales. Los animales están pidiendo *a gritos ser liberados de la caracterización mecanicista que tenemos de ellos*. Como señala Brian Goodwin (1994) «La dialéctica actual de la interfaz animal-humano en la biología conduce a uno de esos cambios desde el punto de vista cultural que devuelven el poder autogenerador a la realidad fundamental y destierra el mecanicismo [de los animales]» (p. 108). En este sentido, mis observaciones sobre las relaciones cuidador-animal, como de los animales entre ellos y en sus individualidades, me llevan a pensar que los *ambientes* habitados de los animales con sus historias de vida, experiencias y significados, deberían tenerse en cuenta para decidir sobre sus traslados —o reubicaciones— en la misma organización o fuera de ella. Sus vidas sociales y subjetivas sí importan (van Dooren, 2023).

Por último, las casitas vienen a señalar algo muy simple pero complejo a la vez: los *ambientes* relacionales que habitan los animales en los que desarrollan sus vidas, ponen en el centro de la atención la *hechura de significados*. Actualmente, los zoológicos —y la mayoría de las organizaciones emparentadas, como los centros de rescate y rehabilitación, los centros de conservación, las reservas de animales y los santuarios de animales—, tienen como objetivos troncales el bienestar de los animales, la conservación de las especies y responder a la pérdida de biodiversidad en el marco de la sexta extinción masiva de especies. Pero ninguna de estas acciones tienen en cuenta los *ambientes* que habitan los animales. De ese modo, sería quizás posible proteger no sólo sus vidas, en el sentido biológico del término, sino con ellas, también las experiencias edificadas sobre sus singulares historias de vida, fuera de sus hábitats naturales, pero llenas de nuevos significados, habitados en la compañía con otros animales y también con los humanos que están a su cuidado.

Referencias

- Balbontín Beltrán, T. (2024a). ¿Saben los camélidos que son «Camélidos»? Un análisis etnográfico y antropológico sobre las nociones nativas de «especie» en un zoológico. *Tabula Rasa*, 51, 127-152. <https://doi.org/10.25058/20112742.n51.06>
- Balbontín Beltrán, T. (2024b). Del instinto a las prácticas instintivas: una propuesta situada y relacional para los estudios multi-especies. *Agora Philosophica*, 23(49-50), 91-123. https://agoraphilosophica.com/Agora49-50/BalbotinBeltran_agora2024_49-50.pdf
- Bateson, G. (1972). *Pasos hacia una ecología de la mente*. Lohlé-Lumen.
- Fijn, N., Gressier, C., & Kavesh, M. (2023). Anthropology of mutualism. *At anthropology today*, 39(1-2). <https://doi.org/10.1111/1467-8322.12780>
- Despret, V. (2018). *¿Qué dirían los animales...si les hiciéramos las preguntas correctas?* Cactus.
- Fissore, M. & Balbontín, T. (2021). Reflexiones epistemológicas sobre el concepto de *Umwelt* en torno a un estudio situado de carácter antropológico. En M. P. Buteler *et al.* (eds.). *Filosofía de las Ciencias por Jóvenes Investigadores* (volumen 2, pp. 174-183). Universidad Nacional de Córdoba. <https://editoriales.facultades.unc.edu.ar/index.php/publicacionesffyh/catalog/download/313/383/7117?inline=1>
- E. J. Gibson. (1969). *Principles of perceptual learning and development*. Appleton-Century-Crofts.
- Gibson, E.J., & Walk, R.D. (1960). The “Visual Cliff”. *Scientific American*, 202, 67-71. <https://www.scientificamerican.com/article/the-visual-cliff/>
- Gibson, J. (1979). *An ecological approach to visual perception*. Houghton Mifflin.
- Goodwin, B. (1994 [1988]). Organisms and minds: the dialectics of the animal-human interface in biology. En T. Ingold (ed.). *Whats is an animal?* (pp. 100-109). London.
- Haraway, D. (2019a). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Edición Consonii.
- Haraway, D. (2019b). Cuando las especies se encuentran: Introducciones. *Tabula Rasa*, 31, 23-75. <https://doi.org/10.25058/20112742.n31.02>
- Heredia, J. M. (2014). Jakob von Uexküll, portavoz de mundos desconocidos. En J. von Uexküll (Autor), *Cartas biológicas a una dama*, (pp. 7–33). Cactus.
- Kohn, E. (2021). *Cómo piensan los bosques. Hacia una antropología más allá de lo humano*. Hekht y Editorial Abya-Yala.
- Kropotkin, P. (2015[1970]). *El apoyo mutuo*. Ediciones Anarquía, Editorial Tierra del Sur, Yegua Ediciones.

Manzano-García, J., Da Costa, T., Barri, F. & Weihmüller, P. (2019). Interacciones entre el guanaco (*Lama guanicoe*) y el ser humano en el Gran Chaco: datos etnozoológicos pasados y actuales del Noroeste de la Provincia de Córdoba, Argentina. *Etnobiología*, 17(2), 25-40. <https://revistaetnobiologia.mx/index.php/etno/article/view/107>

Ingold, T. (2015a). Hacia una ciencia de la vida. *Avá*, 26, 9-11. <https://www.redalyc.org/pdf/1690/169046438002.pdf>

Ingold, T. (2015b). Contra el espacio: lugar, movimiento, conocimiento. *Mundos plurales. Revista Latinoamericana de Políticas y Acción Pública*, 2(2), 9-26. <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/items/40115f79-c391-4992-b968-d1067343829a>

Ingold, T. (2012). *Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimientos y antropología*. Ediciones Trilce.

Ingold, T. (2000). *The perception of the Environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. Routledge.

Ingold, T. (1994 [1988]). The animal in the study of humanity. *What is an animal* (pp. 84-99). Routledge.

Olivier B. & Young, L. J. (1998). Rodent models of aggressive behavior. En Maes & Coccaro (eds.). *Neurobiology and impulsivity* (pp. 169-182). John Wiley & Sons.

Olivier, B., & Young, L. J. (2001). *Animal Models of Aggression*. Neuropsychopharmacology: The Fifth Generation of Progress.

Schroer, S. A. (2019). Jakob von Uexküll: The concept of *Umwelt* and its potentials for an Anthropology beyond the humans, *Ethnos. Journal of Anthropology*, 86(1), 132-152. <https://doi.org/10.1080/00141844.2019.1606841>

van Dooren, T. (2023). Worlds of Meaning at the Edge of Extinction: Conservation Behaviour and the Environmental Humanities. *Humanities*, 12(5), 122. <https://doi.org/10.3390/h12050122>

von Uexküll, J. (2014 [1920]). *Cartas biológicas a una dama*. Cactus.

von Uexküll, J. (2016 [1934]). *Andanzas por los mundos circundantes de los animales y los hombres*. Cactus.

von Uexküll, J. (2023 [1930]). *Teoría de la vida*. Cactus.